



© Jule_Berlin

¿Es responsable Dios de este terremoto?

Jorge Costadoat, S.J.; Hernán Rojas, S.J.

Asignarle a Dios la causa del mal, nos deja indefensos: ¿cómo pedirle al “culpable” que deje de hacer lo que nos aflige?... Pero tampoco podemos recurrir a Él si lo consideramos alejado del curso de los acontecimientos y lo transformamos en algo ajeno a la historia.

La fe en Cristo es auténtica cuando no asfixia el escándalo del dolor inocente con razonamientos justificadores de lo injustificable.

Frente a ciertos acontecimientos, los seres humanos, incluso siendo cristianos, nos preguntamos “por qué el sufrimiento”. El tremendo terremoto que nos ha azotado ha hecho que volvamos a hacernos la misma pregunta: ¿por qué tanto daño? Damos un paso más y decimos: ¿quién tiene la culpa? Otro paso más: ¿será Dios? Lo interrogamos incluso a Él mismo. Si Dios es bueno, ¿por qué ha dejado que nuestra patria sea devastada por la fuerza de la naturaleza? ¿Lo quiso Él? ¿A modo de prueba, de castigo, para divertirse o por puro hacernos sufrir?

RESPUESTAS RACIONALES ASFIXIANTES

Las respuestas convencionales no convencen. Hay quienes pretenden justificar las tragedias: “Todo ocurre por algo”, “algo nos quiere enseñar Dios con esto” o, peor aún, “esta catástrofe es un signo para que nos convirtamos de nuestros pecados”. La antítesis es desvincular a Dios, no involucrarlo en el problema: “Dios no tiene nada que ver con esto”, “no le echemos la culpa a Dios”, para continuar con largos razonamientos sobre

la autonomía del mundo. El Salvador es el Creador, creemos los cristianos. Bien, pero ¿no hay un abismo entre uno y otro? ¿Hay realmente una explicación que satisfaga, por lo menos, la perplejidad de las víctimas?

Las soluciones muy racionales a estos cuestionamientos son, por una parte, indignantes para los que sufren y, por otra, conducen a una naturalización del mismo mal. Responsabilizar a Dios del mal nos deja solos e indefensos, sin poder recurrir a Él en nuestra angustia, porque ¿cómo pedirle al “culpable” que deje de hacer lo que nos aflige? Además, como aceptamos por principio que *Dios es bueno*, este razonamiento nos obliga a decir que lo que nos parece sin lugar a dudas un mal (un devastador terremoto) debemos concebirlo como un bien (algo enviado por Dios, con *quién-sabe-qué-objetivo*).

Pero tampoco podemos recurrir a Dios en nuestra necesidad si lo excluimos completamente del curso de los acontecimientos: entonces transformamos a Dios en algo ajeno a la historia, habitando el Cielo, esperándonos tras la muerte, pero desentendido por completo de nuestra vida, de nuestras alegrías y sufrimientos. Dios se hace prescindible para nuestra vida.

La alternativa a estas dos posturas es aceptar que tanto el mal físico como el mal moral llevan la marca del misterio. No podremos nunca aclarar por qué este o aquel dolor. Con todo, no es inútil mantener estos cuestionamientos porque, en la medida en que nos esforzamos en resolverlos, hallamos algunas claridades y abrimos la posibilidad a reconstrucciones insospechadas.

CARICATURA DE DIOS

Cabe aclarar, en primer lugar, qué “dios” es ese al que se le atribuyen catástrofes. Cuando hablamos de la posibilidad de que “un dios” sea responsable del terremoto, suponemos que este “dios” puede ser el culpable directo del sufrimiento atroz de algunas personas; que este “dios” pone pruebas a la gente, como arrebatar dos hijos de los brazos de su madre para que ella crea por fin en el poder divino; que sería un “dios” que podría —si quiere— castigar a los miserables por miserables, y a los pecadores por pecadores; o bien que este “dios” se divierte con su mundo y que la humanidad debe vivir, en consecuencia, expuesta a su arbitrariedad. Ninguno de estos “dioses”, empero, es el Dios de los cristianos. ¿Cómo lo sabemos?

REVELADO EN JESUCRISTO

Es necesario volver a la historia. Los cristianos conocemos a Dios gracias a un hombre inocente con apariencia de castigado que creyó, sin embargo, que Dios era un Papá y que habría de reinar como un “padre nuestro”. Esta fe suya le costó la vida. ¿Cómo habría de creerse —dirían las autoridades religiosas de entonces— que Dios es amor y solo amor; que ama a los que nadie ama y ofrece un perdón incondicional a

los que es normal castigar? Lo corriente es aceptar a un “dios” justiciero, en lugar de uno que ama a los miserables y llama a los pecadores, invitándonos a la compasión y al perdón. También nos compromete menos un “dios” que se desentiende de su mundo y lo deja confiado a las leyes de la naturaleza, antes que uno que se hace “uno de tantos” y sufre con los sufrientes, que nos llama a compadecer y trabajar por los que sufren. En la historia de la humanidad, el cristianismo es una rareza, aunque cueste reconocerlo.

Es raro, a no dudarlo, pues los cristianos no aman a Dios para que los ame, sino que lo aman porque el amor de Dios erradica de ellos el miedo, la inseguridad y el talante comercial que caracteriza y arruina a las relaciones humanas. Solo el amor gratuito es poderoso. El amor mezquino necesitará siempre un Salvador.

Allí, en la cruz, la Iglesia naciente creyó en un Dios trino, revelado por el Hijo, el “varón de dolores”. Allí, en Jesús crucificado, nunca Dios fue más nuestro y nunca fuimos más suyos. Por esto, cuando los cristianos delante de la cruz nos hacemos

la pregunta por el origen del mal, Jesús está de nuestra parte. Bien podremos quejarnos contra “Dios”: lo hizo Job. Pero no contra Jesús. Hoy, Cristo, como nuestro representante, pregunta y reclama a Dios por los millares de crucificados por el terremoto: muertos, heridos, huérfanos, hambrientos,

enfermos, despojados, sin-techo, cesantes, aterrados, sonámbulos... Pero el mismo Jesús constituye, a la vez, la cercanía de Dios, el consuelo y la mano amiga sobre el hombro del que perdió todo. Los hijos tienen derecho de reclamarle a su padre. La mujer cananea reclamó a Jesús y él no solo la escuchó, sino que admiró su fe y probablemente aprendió de ella. Jesús reclamó a su Padre, “con gran clamor y lágrimas”, en el huerto y en la cruz. Lo propio del cristianismo no es “solucionar” la pregunta por el dolor, sino respetar su importancia, levantarla a Dios en el nombre de su propio Hijo que, en solidaridad con las víctimas de los pecados ajenos y propios, avanza a la muerte con fe en su bondad, inocente como un cordero pero no como un animal para el sacrificio.

Los cristianos no incurrimos en ningún “dolorismo” cuando nos aferramos al crucificado, pues lo creemos resucitado. El dolor por el dolor solo hace daño. Lo último es la resurrección, no la muerte. Pero la sola confesión de la resurrección puede resultar banal. Si los cristianos no resucitamos a los crucificados —y con los crucificados—, nuestra creencia en el Dios de Jesús se vuelve irrisoria u ofensiva. ¿Podemos decirle hoy a nuestra gente que sufre, que Cristo está con ella? Sí y no. No podríamos, si los jóvenes, en vez de salir pala en mano a ayudar a los damnificados, se quedaran de brazos cruzados lamentándose. Sí podríamos, si los ancianos no pudieran hacer nada más que rezar con sus compatriotas: “Dios nuestro, por qué nos has abandonado”. La fe en Cristo es auténtica cuando no asfixia el escándalo del dolor inocente con razonamientos justificadores de lo injustificable.



¿No será este “Bicentenario terremoteado” la oportunidad para que brote el país que queremos, no ahogando los dolores recientes, antiguos o permanentes de nuestra patria, sino acogiéndolos con misericordia, respetándolos y poniendo toda nuestra fuerza en descrucificar a los que los padecen?

AMOR QUE GERMINA DESDE EL DOLOR

Hemos celebrado la Pascua de Jesús hace pocas semanas. Nos hemos maravillado del misterio de la “feliz culpa que nos mereció tan gran redentor”. Dios convierte nuestros “debes” en “haber”. Hay aquí un misterio de nuestra fe. Un misterio de amor, no un enigma peligroso. Estos días en que hemos visto tanto dolor, los chilenos tendríamos que estar más atentos que nunca al inmenso amor que llevamos en la sangre y que está haciendo milagros entre todos nosotros. Los saqueos fueron escandalosos porque exacerbaban la tragedia que ya vivíamos. Pero lo realmente novedoso, lo que no se condecía con la catástrofe, fueron los gestos de amor desinteresado, la preocupación por el vecino que antes no saludábamos, las familias completas que partían en su auto a llevar algo de ayuda a las zonas más afectadas, los párrocos más preocupados de sus feligreses que de sus templos destruidos. Miles de jóvenes que salieron a ayudar ordenada y desordenadamente. Esta será recordada como “la generación del terremoto”. ¡Chile tiene para rato!

Estamos ante una catástrofe, pero también ante uno de esos momentos de la vida en que se decide un rumbo definitivo.

¿Chile? ¿Qué es? ¿Quién es? Chile es un país que puede convertir esta catástrofe en un acontecimiento de amor masivo y profundo. Este debiera ser el aporte cristiano. La fe en la Resurrección germina en una comunidad. No es una esperanza de solitarios, sino una pasión común. La muerte y el dolor compartidos son la tierra fértil para una Pascua compartida. ¿No será este “Bicentenario terremoteado” la oportunidad para que brote el país que queremos, no ahogando los dolores recientes, antiguos o permanentes de nuestra patria, sino acogiéndolos con misericordia, respetándolos y poniendo toda nuestra fuerza en descrucificar a los que los padecen?

Los terremotos en Chile no son nuestro sino, pero nuestra vocación es la solidaridad. Los terremotos para los chilenos, en la óptica de la fe cristiana, no ocurren por “culpa” del “Padre nuestro”, sino que son una ocasión para amarnos y creer en el Amor. No tenemos respuestas “sabias y prudentes” para el dolor. Tal vez ni el propio Jesús habría podido explicar este desastre. Lo que sí sabemos es que él de nuevo habría dado su vida para que creyéramos que el Amor es el sentido definitivo, a veces atrocamente oculto, de la creación. Lo más real de lo real. **MSJ**